

CAPÍTULO XVIII.

El león en la jaula.

En menos tiempo del que he necesitado yo para referirla, pasó la escena con que termina el capítulo que antecede; y cuando el comandante se repuso de la sorpresa de tan terrible acometida, Rosalía y César habían desaparecido.

Su primer movimiento fué llevarse la mano derecha al hombro izquierdo, donde indudablemente debía sentir alguna sensación poco agradable, pues se rascaba con impaciencia, exclamando entre dientes:

—¡Maldito perro.... maldito!

Acercóse después á la puerta por donde, siguiendo á su ama, había desaparecido su audaz enemigo, y, apoyándose en el dintel, esperó un instante, como quien escucha; más nada oyó, porque reinaba en la casa completo silencio: sólo llegó á oír algo lejana la voz de César que ladraba y gemía, y creyó que Rosalía castigaba severamente al perro por el atropello que había cometido con su persona. Sin duda Rosalía le había ofrecido tan viva resistencia no contando con la intervención de César. Esto pensaba, pues añadía:

—¡Bah! Á las mujeres les gusta defenderse solas, porque cuentan con su debilidad.

De todas maneras, aquel castigo impuesto á César, ¿era una satisfacción que su sobrina le daba?.... Esta pregunta que á sí mismo se hizo desarmó en parte la ira de que se hallaba poseído, y acudió á la puerta de su dormitorio que comunicaba con el corredor, porque los aullidos del perro se oían hacia el jardín que separaba las dos casas.

Deslizóse por la puerta que acababa de abrir, y salió al corredor, y oculto, como ya lo hemos visto otra vez, detrás de la enredadera, vió á Rosalía en el jardín, que arreglaba el desorden del vestido y enjugaba sus ojos, como queriendo borrar de su semblante todo indicio de lo que había sucedido. Evidentemente trataba de ocultar á su madre la rápida escena que hemos presenciado. El comandante estaba seguro de esta discreción, pues no daba crédito á la indignada energía con que se había visto rechazado.

Acaso haya alguna lectora que dude de la verosimilitud de este carácter; pero estoy seguro de que serán pocos los lectores que la pongan en duda, porque saben que hay por desgracia muchos hombres de esta especie.

Se consoló del mal éxito de su primera tentativa, con la esperanza de un éxito seguro en la segunda. De todas maneras, había entre él y su sobrina el vínculo de un secreto común á ambos, que nada podría destruir. Para completar la satisfacción de su ciega vanidad, sólo le faltaba presenciar el castigo del perro: la pena impuesta á César significaba que Rosalía se hallaba muy descontenta de haber sido socorrida.

Mas es el caso que el perro continuaba exhalando prolongados aullidos, y no era, en verdad, porque su ama lo castigase; antes bien, el comandante vió

que Rosalía lo acariciaba, oprimiendo entre sus manos la arrogante cabeza de aquel animal inteligente, que saltaba delante de su ama, lamiendo las manos que lo acariciaban y aullando de alegría.

Volvióse á su cuarto poco satisfecho del resultado de sus investigaciones, porque aquellas caricias prodigadas al perro que acababa de morderle en el hombro le llegaban al alma.

Comenzó á dar largos paseos de un extremo á otro de la estancia, con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo, llevándose de vez en cuando la mano al hombro, porque la mordedura del perro le escocía.

Seguramente había conseguido inspirar á su sobrina lo que él llamaba la primera pasión: había conseguido con calculada indiferencia herir su amor propio, con su extraña conducta excitar su curiosidad, y mostrándose inaccesible, había encendido en el alma de la niña mimada el impaciente deseo de las cosas imposibles. Esto era para él evidente. Le había costado mucho tiempo, mucha paciencia y mucha astucia; pero su plan era de efecto seguro. ¿Qué significaban, si no, los halagos, las complacencias, las afables miradas y las dulces sonrisas con que Rosalía lo agasajaba? ¿Por qué permanecía indiferente á los obsequios de los que solicitaban su cariño? ¿Por qué usaba con él de ciertas misteriosas reticencias? Por último: aquella visita intempestiva y verdaderamente extraordinaria; aquel visible deseo de parecerle agradable; su inquietud, su impaciencia, ¿no revelaban las agitaciones interiores de una pasión que quiere romper los diques del silencio?

Cuanto más examinaba esta suma de datos favorables, más certidumbre adquiría su presuntuoso

convencimiento. Es verdad que le había presentado una resistencia heroica; pero él tomaba la resistencia por pura estrategia. No era Rosalía una mujer de mucho mundo; mas era una mujer de mucho talento. Es verdad que había aprovechado la brusca intervención de César para emprender la retirada; pero ¿acaso provocar y huir no es el sistema que siempre adoptan las mujeres? ¿No es instintivo en ellas el halago y el desdén para enloquecer al hombre á quien desean dominar?... El halago es el cebo con que atraen, y el desdén es el anzuelo con que sujetan....

Así discurría este conquistador de mujeres; pero sus victoriosos razonamientos se detenían indecisos en aquel maldito perro, tan tiernamente acariciado después de su fechoría.... ¿No era cosa de pensar que en aquellas caricias recibía César el premio de su hazaña?... Á esta circunstancia no le encontraba explicación favorable: semejante pormenor le llenaba de confusiones.

Pero, ¡bah!.... ¿No tenía en su poder el dato auténtico, el testimonio seguro de su triunfo?... ¿Qué importaban aquellas caricias caprichosas é inexplicables ante la confesión más ó menos explícita del apasionado amor que había sabido infundir en el corazón de Rosalía?

El comandante se dió una vigorosa palmada en la frente, se rascó después el hombro en que César había clavado sus dientes, y sacó del bolsillo el papel que Rosalía había puesto en sus manos.

Desdoblólo apresuradamente, y comenzó á leer con ansia.

En el curso de la lectura presentó su fisonomía tres aspectos distintos. Primero dejó ver señales de satisfacción, después pareció vacilar como sorpren-

dido, y por último, frunciendo el terrible entrecejo, estrujó el papel entre sus manos temblorosas, mostrando en todos sus ademanes el mudo furor de la más violenta ira.

De sus labios trémulos se escapaba sordo rumor de reconcentradas maldiciones, y apretando los puños y levantándolos sobre su cabeza, amenazaba con ellos, no se sabe si al cielo, á la tierra ó á sí mismo.

Apaciguó, ó más bien contuvo, este primer arrebato de su cólera, y desarrugando el papel que oprimía entre sus manos, comenzó á leerlo de nuevo, como aquel que no está seguro de lo que ha leído.

Vamos á ver lo que conténia este papel misterioso, causa de tan diversas emociones.

He aquí lo que Rosalía había escrito:

«Debo confiar á V. el secreto de mi corazón, y es preciso además que V. lo sepa: V. que, según dice, sabe leer en el corazón de las mujeres, habrá sospechado ya lo que pasa en el mío, y el afecto que me demuestra me induce á creer que ve con gusto la tierna inclinación que ha nacido en mi alma. Le recuerdo que cuento con su palabra.... Mas ¿por qué escribo yo estas cosas?... Va V. á saberlo.

»Necesito que tengamos una conferencia; la deseo, y la temo: la deseo, porque sería una deslealtad ocultarle á V. lo que sucede; y la temo, porque no voy á saber explicarme, y va V. á reirse de nosotros, porque Vds. los hombres de mundo se rien de todas las cosas. Pues bien: por si no me atrevo á contarle á V. esta historia, la llevo escrita: V. la leerá á sus solas, y si se ríe de mí, á lo menos no lo veré yo reirse.

»Pero V. dirá: ¿qué historia es esta? Una historia que yo misma no sé dónde empieza.... Imagínese V. que cuando supe que venía, me alegré interiormente,

te, sin saber por qué me alegraba, y desde aquel momento, riase V. todo lo que quiera, empecé á esperarle con mucha impaciencia. Al fin llegó; y como las mujeres somos tan curiosas, y aquella noche hacía mucho calor, mientras mi madre rezaba sus oraciones, yo me puse detrás de la reja, y oí sus pasos, y lo vi pasar; pero mi pícara curiosidad no quedó satisfecha, y al otro día muy temprano me levanté, y salí al jardín, bien ajena de que iba á verlo; pero ¡qué casualidad!: él también había madrugado, y estaba en el corredor acariciando á César, de quien ya se había hecho íntimo amigo. Entonces lo vi, nos saludamos, y yo me retiré, ¡mire V. qué tontería!, porque.... porque estaba temblando.

»Siempre se imagina una las cosas antes de verlas, porque la imaginación es una loca, que no se puede estar quieta ni un instante, y antes de verlo creí que sería.... Ahora sí que va V. á reirse. Creí que sería.... como es. ¿No sucede esto algunas veces?

»Su vestido de luto me causó mucha tristeza, y como yo quiero tanto á mi madre, me interesó su pena, su justa pena, porque ha perdido la suya. No quería consolarlo, porque de esas desgracias no debemos consolarnos nunca; pero nadie podría prohibirme que sintiera su tristeza.

»Todas estas cosas dirá V. que son niñerías; pero tenga V. paciencia, caballero, y oiga V. todas las niñerías que tengo que contarle.

»El P. Antonio me dijo que era un músico consumado; que le hacía hablar al violín; y yo, no atreviéndome á decirle que deseaba oírlo, lo incitaba siempre que podía, haciendo sonar las cuerdas del piano; mas el pícaro, ó no me entendía, ó no quería entenderme. Nos visitaba pocas veces, y siempre

hablaba con mi madre de mí, mientras yo hablaba de él con el P. Antonio.

»Hace ocho días comieron Vds. con nosotras, y mientras V. fumaba su pipa en el comedor, el violín y el piano se entendieron; y, ¡vea V. qué locos!, sin contar con nadie, nos hemos jurado un amor eterno. ¿No había V. adivinado todo esto? Pues bien: yo se lo digo porque V. debe saberlo, y Gabriel no se hubiera atrevido nunca á decírselo. Es huérfano, y V. es su padrino y hace con él las veces de padre.

»Este es mi secreto.»

Verdaderamente, para un hombre de mundo, confiado en la perspicacia de su malicia, cuando creía coronados por un éxito feliz los arrogantes cálculos de su astucia, encontrarse con la ingenua revelación que acabamos de leer, era una burla del destino.

Herido el comandante á la vez en su vanidad ciega y en su pasión sorda, sintió en el fondo de su alma pervertida la rabia furiosa de los más enconados celos.

Rosalía había llenado desde un principio ese vacío espantoso que dejan en el alma las disipaciones del mundo: su juventud, su belleza y su inocencia fueron incentivos que encendieron el ardiente deseo de un amor abominable, sin ternura y sin pureza. Amaba á su sobrina, si es posible decirlo así, no con su corazón incrédulo y gastado, frío y vanidoso, sino con el grosero ardor de los sentidos; ardía en él todo lo que hay en el hombre de bestia, y codicioso de las primicias de sus virginales encantos, había consagrado á alucinarla y seducirla todo el ciego empeño de su brutal deseo. La ociosidad en que vivía daba continuo pábulo á sus proyectos, y en su vida solitaria nada encontraba que lo distrajera de su tenaz propósito. Rosalía llegó á ser su

único pensamiento; por ella había renunciado á los placeres del mundo, abandonando su carrera y encerrándose entre las cuatro tapias de aquella aldea; más aún: entre las cuatro paredes de su caserón solitario.

Con una paciencia heroica, pues alguna vez el vicio tiene más paciencia que la virtud, había ido tejiendo, como las arañas, los hilos de la red en que á su tiempo debía caer la inocencia de la preciosa niña, al volar impaciente con las locas alas de sus primeros deseos. Dos años llevaba invertidos en esperar la ocasión oportuna.

Queriendo el capellán del cementerio, cuando me contaba la historia que yo estoy refiriendo, darme una idea de esa pasión desordenada, me decía:

—Imagínese V. á Lucifer enamorado de un ángel, y comprenderá V. todo el infierno que se agita en el alma del comandante.

Las tempestades en la naturaleza suelen ser beneficiosas; riegan los campos, y purifican la atmósfera; pero las tempestades del alma humana causan siempre espantosos estragos.

No era el comandante hombre que se dejaba arrebatar fácilmente la presa en que había puesto una vez los ojos; así es que en cuanto hubo desahogado el primer ímpetu de su furia, comenzó á pasearse con la airada majestad del león que se ve encerrado en la jaula.

Meditaba acerca de su situación, y no le encontraba salida; comprendió que con la violencia nada conseguiría. Tenía por rival á su propio hijo, y no le era posible apelar al socorrido expediente de un lance, resolviendo la dificultad por medio de una estocada. Tampoco podía hacer uso de su autoridad de padre, porque Gabriel ignoraba la verdad de su

origen, y no entraba en los cálculos del comandante revelársela, porque no le convenía tener un hijo. Era urgente separarlos; pero no era tan fácil conseguirlo, y, en todo caso, sería una ausencia alimentada por la esperanza de volverse á ver; se escribirían, y volverían á verse. La ausencia era un recurso que alargaba el éxito: necesitaba separarlos para siempre.

Discurriendo de esta manera, iba y venía de un extremo á otro de su cuarto, con la feroz impaciencia del león enjaulado.

CAPÍTULO XIX.

Golpe seguro.

Ignoraba la viuda el paso que acababa de dar su hija, porque ésta había querido ocultárselo, con el fin de sorprenderla. Era la primera vez de su vida que había usado con su madre de esta reserva, bien disculpable por cierto, si se considera la alegría que esperaba causarle con la noticia auténtica de que el tío miraba con buenos ojos el mutuo cariño que se profesaban la sobrina y el ahijado, cosa acerca de la que la viuda no disimulaba algunas dudas, que para Rosalía eran inexplicables.

Después de la entrevista que hemos presenciado, la hija de la viuda, aterrada con lo que acababa de sucederle, comenzó á comprender las dudas de su madre y cierta repugnancia instintiva que ella misma había experimentado siempre hacia su tío.

Su situación era terrible para con su madre, para con Gabriel, para consigo misma; ni siquiera podía confiar al P. Antonio la acerba angustia por que pasaba su alma. ¿Cómo destrozar el corazón de su madre con el relato de aquella escena horrible? ¿Cómo envenenar el corazón de Gabriel refiriéndole el fatal suceso? ¿Ni cómo horrorizar el corazón del P. Antonio con tan bochornosa confidencia? Su alma noble